

F1227J

.2

H46

REPUBLICA

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

---

### ALGO DE LA VIDA PRIVADA DEL AUTOR.

---

AL finalizar el año de 1884, había yo dado la última "mano de obra" á la mayor parte del abigarrado conjunto que forma este libro; y, aguijoneado por la irresistible comezón que siente todo autor de que sus obras sean si nó leídas cuando menos "oídas," salime cierto día con el felónico intento de atrapar á algún amigo sobre el que me proponía descargar el turbión de mis lucubraciones.

Como la cosa más fácil del mundo es hallar una víctima, á poco andar encontré al amigo deseado, y sin darle á sospechar, por supuesto, mis negras intenciones, lo invité del modo más amable que pude á comer conmigo. Dos horas después nos hallábamos en la "Concordia," instalados en elegante gabinete, frente á una mesa cubierta de platos y botellas que no tardamos en desocupar. Llegada la hora de tomar el café, juzgué oportuno dar el "salto mortal," y, sin dar tiempo á mi víctima para que se defendiera, saqué el cuaderno que llev oculto y le dije:

—He acabado de escribir este mamarracho y deseo conocer tu opinión; y me solté leyendo.

Mi amigo se portó correctamente, tan correctamente como el duelista que ve sin pestañear abocada á su pecho la pistola del adversario. Soportó con valor heroico el chubasco, sin dejar asomar á su semblante la menor sombra de impaciencia.

Cuando hube concluido la lectura, le lancé la interrogadora mirada que es de rigor en tales casos, á la que contestó diciéndome:

—Lo que has leído no me desagrade enteramente. Encuentro eso algo inconexo, algo híbrido; es un cuerpo sin pies ni cabeza, un “totum revolutum;” pero siendo como soy amante de la variedad, no veo en ella un defecto.

—Entonces ¿crees que debo publicar este libro?

—Creo que sí; pero para hacerlo es indispensable, si intentas sacar siquiera los gastos de impresión, que pidas un prólogo á alguno de nuestros escritores que tenga más justa y merecida fama. En la actualidad, no se concibe un libro sin que vaya precedido de prólogo calzado por firma autorizada. Además, tu eres desconocido en el mundo literario y necesitas, imprescindiblemente, de un mentor que haga tu presentación en él.

—Pero, ¿á quién he de pedir ese prólogo?

—A quien han pedido muchos: al maestro Altamirano.

—Nombre, me agrada la idea: sigo tu consejo y pido prólogo al maestro Altamirano.

—Al día siguiente fui á verlo. Lo hallé en el

“Liceo Hidalgo” donde á la sazón leía un afiligranado y chispeante artículo sobre la entonces debatida cuestión del “papel.” Esperé que terminara la sesión, durmiendo dos horas, arrullado agradablemente por una discusión filosófica que sostuvieron los señores Vigil, Manterola y Parra, y despertando en seguida para saborear la galana palabra y brillantísima oratoria de Zambrana.

Cuando pude acercarme al maestro le indiqué mi pretensión y aun le leí algo de lo que llevaba escrito. Escuchóme con la finura y cortesía que le conocen todos los que han tenido el gusto de tratarlo. Mostróse satisfecho así que terminé la lectura, y me dijo:

—Me gusta esa literatura. El género que vd. cultiva es precisamente el que yo quisiera que cultivaran los que se dedican á escribir en México. Nuestras montañas y nuestros lagos son tan bellos como los de Suiza. Nuestros volcanes y nuestro cielo son tan imponentes y tan espléndidos como los de Italia. Nuestros episodios históricos no ceden en heroicidad y grandeza á los que ha escrito, con habilísima pluma, Pérez Galdós en España.

Nuestras costumbres y nuestros usos son dignos bajo todos aspectos de fijar la atención de los observadores; y, sin embargo, todo esto ha sido visto casi con desdén por la mayor parte de nuestros literatos.

No veo la necesidad de que imitemos servilmente á los extranjeros en materias literarias, cuando tenemos entre nosotros riquísimo caudal de asuntos nacionales

de que podríamos sacar inmenso partido, á la vez que nos daríamos á conocer á los estraños.

Por mi parte, le aconsejo que publique su libro, y, desde luego puede vd. contar con el prólogo que me pide.

En seguida tuvo la bondad de presentarme con algunos de los socios del Liceo, en esta forma:

—El Sr. H.....; literato cuyas obras están inéditas.

Al otro día de esta conferencia, contando ya con el valioso ofrecimiento, me dirigí á la imprenta y mandé que se comenzará el "tiro."

—Y ¿el prólogo? Dijo el editor con la avidéz propia de los editores de pura raza.

—El prólogo vendrá, contesté; y dije esto con tal tono de convicción que logré aplacar las alarmas del editor sobre el "éxito monetario" de la publicación, cosa que me parecía imposible. Y digo que logré calmarlas porque el "tiro" comenzó á hacerse ese mismo día.

Pero el tiempo dicen que vuela, y esta vez voló en efecto llevándose á cuestras cinco largos años. Durante ellos tuve que dejar varias veces la capital; mas siempre que podía me llegaba por la imprenta para informarme de la suerte que corría mi libro.

—"Se está tirando," pero el prólogo aún no llega, me respondía el editor más agrio que un limón.

Tantas veces oí decir que el libro se estaba "tirando," que quise verlo con mis propios ojos y, no me cupo duda, el libro "se tiraba." En las prensas, sobre las me-

sas, en los estantes y regados por el suelo ó envolviendo letra, tinta ó colores, veíanse muchos pliegos impresos en los que podía leer á distancia: "El Diablo azotado en Tepetlaoxtoc," "La Batalla de Tabalaopa," "La Cruz de Tepic y el Señor de Santiago," "Copia del natural," "El Último sitio de Guadalajara," "José Morán," "María, ó recuerdos del Tigre de Álica," "Filosofía á bordo," "El Rosario," "La Barranca de Jamapa," "El Coronel Angón," "Los Niños comprados," "En busca de muger," "Esperando que baje," "El Alcalde de Lagos," y algunos otros títulos de tantos otros artículos que reconocía como formando parte del infortunado libro.

Al ver rodando por el suelo, desbarajustados y sucios aquellos pobres hijos de mi magin, sentí algo de humillación y tristeza; luego entró la reacción y dije, saliendo á toda prisa de la imprenta:

¡Qué lo sigan tirando!

Me sentía arder por dentro: para calmarme corrí á la "Concordia" y pedí un helado. Ocupábame en la agradable tarea de consumirlo, cuando sentí que me tocaban por la espalda. Volví la cabeza y ví al fiel amigo que hacía cinco años justos y en aquel mismo lugar me había aconsejado la publicación del libro.

Sus primeras palabras fueron estas:

—Y tu libro?

—Lo están tirando!!

—Pero hombre, en cinco años, supongo que habrán tirado lo bastante para que dejes muy atrás al Tostado. Si lo publicas por entregas deberán ir en la dos mil y una.

—No te burles. He querido decir que está impreso en su mayor parte, pero nos hace falta el prólogo.

—¡Ah!

—Y como tú opinaste.....

—Y sigo opinando lo mismo; pero si no lo hay, ahora opino que lo publiques sin él. Al fin y al cabo, si tu libro no vale nada, como lo creo.....

—Gracias por el favor.....

—Es justicia—Pues como iba diciendo, si no vale nada, ni todo el talento y prestigio de Altamirano lograrán sacarlo adelante.

—Bien; antes era negro y ahora es blanco—¿No habrá en este tu nuevo modo de opinar, algo de la fábula aquella de las uvas verdes de la zorra?

—No; te aseguro que no hay nada de uvas ni zorras verdes.

En seguida nos separamos. Al salir me detuve á hablar con un caballero que había visto en el “Liceo Hidalgo” y que iba acompañado de otra persona, con la que me presentó diciendo:

—El Sr. H.....; literato cuyas obras están inéditas.”

Confieso que la presentación me supo á acíbar. Esta vez, sin duda por el estado de mi ánimo, las palabras “literato y obras inéditas,” zumbaron en mis oídos como una pulla sangrienta; así es que me despedí desesperado, y tomando una resolución suprema volví á la imprenta y dije al editor:

—Quiero que á la mayor brevedad se concluya la impresión de mi libro.

—¿Sin prólogo?

—Sin prólogo.

—Por cuenta y “riesgo de vd.”

—Por mi cuenta y “riesgo.”

—¿Paga adelantada?

—Paga adelantada.

—Y ¿qué se propone usted hacer con “tanto papel” si no se vende?

—Lo venderé para envolver especias.

—Y, si ni aún para eso lo compran?

—¡¡Me lo comeré!! grité furioso.

Ante aquel grito desesperado de autor ofendido; ante aquel conato de PAPIROFAJISMO (porque no he de inventar yo también palabras) el editor bajó la cabeza y me dijo:

—Dentro de una semana quedará concluida la impresión.

El impresor cumplió, y por eso ha podido salir á luz esta primera serie. En la segunda, me propongo decir la suerte que hubiere corrido: si al fin se vendió ó si por fin me la comí.

